

LOS CUATRO NIVELES DEL "PROBLEMA VASCO"

BERNARDO DE ARRIZABALAGA

COMO todos los problemas complejos, el llamado "Problema vasco" recata el riesgo de la excesiva simplificación, capaz, por sí sola, de volverlo incomprensible. Si al tanteo simplista añadimos la manía de proyectar sobre este problema esquemas preconcebidos, entonces no sólo no lo entenderemos, sino que lo habremos planteado al revés.

No vale, por ejemplo, acusar al PNV —a propósito de su famosa convocatoria contra la violencia— de sustentar "un vasquismo estricto que sólo admite a los emigrantes en tanto que asimilados culturales y que afirma la identidad de Euskadi sobre rasgos étnicos e idiomáticos y sobre una idealización romántica de la historia del País Vasco anterior a la industrialización y la modernización", como tampoco extraer las consecuencias que se pretende hacer derivar del "he-

cho de que casi la mitad de la población de Euskadi no es de origen vasco y tampoco habla el euskera". Porque, sin ir más lejos —en lo referente al posible grado de integración de los inmigrantes—, basta con recordar a Jon Paredes Manot ("Txiki") militante extremeño de ETA fusilado en Barcelona, o leer con mediana atención las noticias actuales (de los seis miembros del "comando de ETA-m recientemente detenidos en Bilbao, cinco llevan apellidos castellanos, esto es, casi con toda seguridad, son hijos de inmigrantes). En cuanto al euskera, ni el último afiliado del PNV ignora que la razón de que los hijos de los inmigrantes no lo hablen es la misma que se lo impide a muchos hijos de la tierra: la prohibición que la ha ahogado, hasta hace bien poco, y la marginación en que se la mantiene, todavía hoy.

La comprensión del "proble-

ma vasco" exige acercarse a lo que este pueblo ve, siente y sufre. A este respecto —independientemente de la oportunidad o no de la manifestación convocada y celebrada—, el PNV, en su comunicado, parte, con lucidez política, de un hecho: "En Euskadi desgraciadamente se han venido produciendo a menudo expresiones de terror y violencia cuyo origen está centrado en la opresión física para nuestro pueblo y ejercida desde hace cuarenta años por el poder central en las instituciones derivadas del mismo. Por eso no es válido denunciar exclusivamente la violencia de grupos vascos olvidando el origen y las causas que han producido tal violencia".

Pero si el problema persiste, es porque buena parte del pueblo vasco alberga la sensación de que ese "hecho de cuarenta años" ha sido sustituido con palabras como "preautonomía",

"democracia", "libertad", mientras sigue viendo las mismas caras (alcaldes, gobernadores, jefes de Policía), el mismo desprecio por su lengua y cultura (ikastolas sin apoyo oficial, cuando no torpedeadas por la Administración), las mismas fuerzas, las mismas agresiones (Pamplona, San Sebastián, Rentería), las mismas leyes represivas (ley "de excepción para Euskadi"), una "preautonomía" que se diluye a nivel de todo el Estado, un Consejo General Vasco vacío de atribuciones, una Constitución que entroniza el carácter absolutista del Estado del que emanan, a título de limosna o de contraprestación, los derechos de los pueblos...

Dentro de este contexto es donde hay que situar las actitudes frente a la acción armada de ETA, actitudes que, tal vez, sea posible reducir a cuatro niveles:



Tras la pancarta "Por una Euskadi libre y en paz", afiliados del PNV, con boina y "kaiku", exhiben simbólicas palomas.



Arriba, la contramanifestación "empujada" por las FOP de Calzadas de Mallona, muy cerca del domicilio del primer etarra muerto, Xabi Etxebarrieta. Abajo, Múgica y Benegas intentando pactar el prudente cambio de itinerario de la manifestación autorizada.



1.º El de quienes, habiendo utilizado, o al menos aceptado, procedimientos similares, los condenan hoy por ser de signo opuesto al suyo.

2.º El de quienes, en nombre de sinceras convicciones éticas, condenan la violencia, venga de donde viniere, incluyendo, por ello, la violencia llamada institucional.

3.º El de quienes, por considerarla "como un aspecto más" dentro de la guerra que se ven forzados a soportar, no la condenan, si bien, episodio por episodio, la lamentan.

4.º El de quienes la entienden como única vía política posible frente a la opresión de su

pueblo y, en consecuencia, la ejercen o apoyan.

Estos niveles se dan hoy en Euskadi, guste o no. Aunque luego las opiniones se dividan a la hora de cuantificar el número de los inscritos a cada una de ellas.

El PNV ha decidido subrayar la número 2. E inmediatamente su postura ha sido contestada, por arriba y por abajo. ¿Pierde o gana con ello? La respuesta se pierde, hoy por hoy, en la nebulosa de esa imposible cuantificación a que hacíamos referencia. Y sólo podrá ser desvelada mediante unas elecciones que necesariamente tendrán que ser más limpias y objetivas que las del 15 de junio de 1977. ■

Los
Contem
pora
neos

ESPERANDO EL RENACIMIENTO

DECIAN los textos de Historia que, durante la Edad Media, la cultura se refugió en los monasterios. Cuando leía aquella frase, siempre me imaginaba la cultura corriendo por las calles embarradas y sucias de los burgos perseguida por el populacho, herida a pedradas, sangrando y desgarrada, buscando la puerta de un convento benedictino, donde un buen monje vendaría sus heridas y le daría un torrezno, un poco de pan y una estera donde reposar. Más tarde desconfié seriamente de Cluny y llegué a creer lo que decía Umberto Eco de pasada: una destrucción casual y una conservación desordenada. "Perdió manuscritos esenciales y conservó otros irrisorios, borró poemas maravillosos para escribir sobre ellos adivinanzas y oraciones, falsificó los textos sagrados interpolando en ellos pasajes y con esos procedimientos escribía 'sus' libros". Más aún, llegué a dudar de que destrucción y conservación fueran causales...

¿Dónde se refugia, ahora, la cultura? Hemos vivido un tiempo en la que la hemos visto otra vez perseguida y destrozada. Los nuevos monjes, llamados censores, borraban párrafos y escribían otros. Los intelectuales iban a las cárceles: van de hecho a las cárceles en Argentina, en Chile, en Uruguay; a algún que otro manicomio en la Unión Soviética y países adyacentes; fueron sus libros a la hoguera y sus cuerpos a los campos de concentración. Un ingenioso ministro español de Información —el Ministerio que luego se llamó de Cultura— propuso, simplemente, cercarles por hambre. Propuesta inútil, porque la sociedad siempre tuvo un divertido empeño en que los productores de cultura vivieran en la más absoluta de las pobreza.

En cuanto a la Cultura, con mayúscula que la convierte en persona física, o con la minúscula del bien común, se nos está aquí muriendo. Nos cuentan las estadísticas de la Unesco: hay sesenta lectores de periódico por mil habitantes, mientras que en la Comunidad Europea hay 400 por cada millar. Las frecuentaciones a las salas de teatro son las más bajas de Europa; los lectores de libros son unos cuantos alucinados en trance de extinción. Ya los destructores de librerías apenas se manifiestan: se han convencido de que no son necesarios y que las librerías cerrarán sus puertas por sí solas, más tarde o más temprano. Las revistas que propenden a la cultura se van poco a poco muriendo, como aquellos "Diez negritos" de la comedia de Agatha Christie. Las publicaciones van abaratando su contenido, buscando cebos, sensacionalismo o excelentes traseros, que no digo yo que no sea una forma de cultura, pero sí de una cultura muy peculiar.

Ya no hacen falta inquisidores, censores, autos de fe, o lóbregas ergástulas. Los que producen cultura, con mayor o menor fortuna, están desconcertados. Con una tendencia al sentimiento de culpabilidad, hablan entre sí acerca de que están fallando. No lo saben. Ven surgir en torno suyo a los mercaderes del templo, con mucha más fortuna. Ellos se van quedando solos. Con sus teatros desiertos, sus editoriales en quiebra, sus revistas mermándose cada día más. Peor aún que sus medios de vida perdidos, el sentido de la inutilidad de su esfuerzo les consume más y más. Apenas esperan que un perro de los buenos monjes de San Bernardo, atravesando las nieves, llegue a sus cuerpos congelados con el barrilillo de coñac de una ayuda, de una subvención. Tienen la esperanza de llegar, así, hasta que aparezca el Renacimiento. ■

POZUELO